

Detrás de las selvas cerradas había un reino de agua. El perro del capitán lo olfateó primero: ladró de gozo entre los árboles llenos de líquenes, fue detrás de su amo hasta la última loma, y después corrió alrededor de él pendiente abajo, haciendo rebrillar al sol su collar de oro macizo.

Era un alano fuerte de pelaje dorado, el hocico era negro, tenía manchas oscuras alrededor de los ojos.

El rubio Blas de Atienza y Sebastián Moyano y Pizarro el porquero eran visibles atrás porque llevaban todavía sus morriones con plumas, mientras los otros soldados en andrajos y centenares de indios desnudos avanzaban más lentos, llevando las mulas con fardos y los largos pendones del emperador y de Santa María la Antigua ya enarbolados en sus astas.

Habían librado un combate dos días atrás por las tierras de Chiapes, el sueño no había cerrado sus ojos desde entonces, y venían agobiados en los petos de acero por el calor y por la humedad. Después de avizorar desde lo alto la llanura resplandeciente, tres grupos salieron a buscar un camino hacia el agua y ahora estaban llegando.

Era verdad lo que les había dicho el indio: detrás de las selvas cerradas estaba escondido otro mar. Balboa se dijo en los montes que una hormiga puede esconderse, que una rana

venenosa puede agazaparse en las hojas grandes, que un riachuelo puede ocultarse corriendo entre las piedras manchadas, pero era inaudito que todo un océano hubiera permanecido oculto desde siempre, agua del diluvio empozada en un cántaro nutriéndose de rayos y tormentas.

Un indio con cara de luna negra le dijo que aquel mar había brotado de una calabaza gigante; otro, que había caído a chorros de las hojas del cielo, y los guerreros heridos de Chiapes veían en las estrellas los ojos de oscuros cangrejos.

Era como un milagro sobre las selvas negras ver en el cielo luminoso el remolino de los alcatraces.

Blas recordaría siempre esas horas, cuando el mar no era visible pero ya se sentía su olor en el viento. Y el descenso a zancadas, y la carrera por la playa increíble, porque él fue el segundo en entrar en el agua espumosa. Vio a Balboa cantando el *Te Deum laudamos*, gritando su proclama y sus rezos, clavando una vez y otra vez la bandera en el lecho de arena y de espuma, y mirando, sin poderlo creer todavía, el mar gris, el mar ilimitado, el mar salvaje que se extendía ante ellos y que ningún hombre de su tierra había contemplado jamás.

Después vio a los soldados que mostraban al mar como rezo y conjuro el estandarte con los dos ángeles, la Virgen y el niño, la rosa y el jilguero. Vio cómo cuartelaban con la mano derecha la espuma, alzaban en la playa pirámides de piedras y a golpes de daga herían con frases latinas el tronco de los árboles.

Era un muchacho rubio y ávido, de ojos grandes y grises y manos rapaces, nacido veintitrés años atrás en la Villa de Atienza, y había llegado a las Indias en una de las cuatro carabelas de Ojeda. En su navegación desde el puerto de Cádiz

no dejó de sorprenderse un solo día, porque había pasado la infancia en aldeas polvorientas y el exceso de agua le llenaba de un miedo alegre los pulmones.

Vivir la soledad de lo desconocido era ya una experiencia agobiante, pero además estaban los vientos, lamentos lóbregos que arreciaban de noche, el grito sonámbulo de algún marinero en la oquedad de las bodegas, el lento horizonte que asciende y desciende sin tregua. Y el mareo de los primeros días, el olor del vómito sobre la borda, los humores de los soldados durmiendo en montón en el vientre del barco, un miedo impreciso que es casi la certeza de que no regresaremos jamás.

También a lo imprevisto se acostumbran los cuerpos, y Blas de Atienza no llegó a preguntarse si le gustaba o no la aventura, porque después del vértigo y de la tormenta, de fuegos fatuos lloviendo sobre los mástiles que crujen, de la fosforescencia de las lanzas en la noche de grandes estrellas, del arco rojo de los peces que astillan el agua y de la cabellera de pesadilla de los sargazos que hacen pensar que el barco navega sobre llanuras vegetales, la llegada al puerto había sido como entrar en una taberna llena de riñas y gritos, y la noticia de un mar desconocido llenó todo el espacio de su mente.

Con la noticia del mar apenas descubierto, la corona se animó a fletar por fin una expedición de conquista; obispos predicaron en España que un mundo lleno de riquezas estaba esperando en las Indias y que el tesoro real pagaría los gastos del viaje, y de toda la península acudieron hidalgos y labriegos, lo mismo que artesanos de variados oficios.

Después de vender aprisa tierras y haciendas, las herencias, las rentas, dos mil doscientos hombres se embarcaron en cin-

cuenta navíos cargados también de caballos ariscos y vacas apacibles, de perros ofensivos al oído y cerdos engendrados para el cuchillo, de gansos estridentes y gallinas sonámbulas.

Venían muchos jóvenes de stirpe guerrera, como el bullicioso Miguel Díez de Aux, el memorioso Bernal Díaz del Castillo, el último que queda vivo de cuantos vieron al emperador Moctezuma, y el paje de la corte Gonzalo Fernández de Oviedo, que todo lo veía y todo lo nombraba, aventureros que envejecerían después en el Nuevo Mundo. Y todos navegaban bajo el mando de un varón descomunal, Pedro Arias de Ávila, una cabeza más alto que el más alto de sus hombres, quien sabía que sería muy difícil encontrar por los caminos un ataúd de su talla y viajaba siempre con su propio féretro de lujo, en el que cada noche dormía para irse acostumbrando a la muerte.

Este Pedrarias conocía bien su misión en las Indias: cobrarle a Balboa con intereses todas las cosas buenas y malas que se decían de él en la corte, esos rumores que semana tras semana alteraban el ánimo del católico rey Fernando de Aragón. No habían pasado veinte años desde la aventura de Colón, y los barcos que desafiaron el vértigo habían tocado apenas las costas de Tierra Firme, pero ya se contaban historias escandalosas de guerras entre los propios españoles, de saqueos en las islas, relatos de hombres abandonados en golfos impíos, de lianas de la selva que se habían convertido en horcas de cristianos, y del barco indigente de Nicuesa abandonado por sus propios subalternos a las inclemencias del agua.

Pero una cosa era llevar cuentos a España y otra cosa vivir los episodios confusos de la Conquista. A veces los subordinados, como Balboa, resultaban más responsables que los

jefes, peones sin nombre se revelaban más diestros y valientes que los príncipes, meros polizones llegaban a ser los verdaderos descubridores, mostraban ser capitanes justos e intachables allí donde los jefes sólo eran capaces de codicia y de odio. Y Pedrarias ganó con méritos fama de cruel e infame, porque en una sola tarde hizo cortar la cabeza de Balboa y de tres de sus hombres. Cuando, viendo que venía la noche, la multitud le pidió que perdonara al quinto condenado, él mismo tomó el hacha e hizo caer la noche sobre Fernando Argüello. Una leyenda dice que cinco cabezas encendidas lo iluminan en el infierno.

España era un jinete gobernando una criatura desconocida sin saber si era un potro o un pájaro, un pez dorado que emerge del mar o un pulpo de incontables tentáculos. Habría sido preciso tener ángeles en los barcos para saber a la distancia todo lo que hacían los aventureros; la de la corona no era la justicia divina y era fácil que las potestades, atendiendo rumores, premiaran la traición y castigaran la lealtad.

Otros lo dudarían después, pero Blas no olvidó nunca que había sido el segundo en entrar en el mar del Sur. Se lo contó a su hija, y fue ella quien me lo contó a mí, en los días alegres de la selva, antes de la mañana sangrienta. Me contó que, después de que a Balboa lo arrestó la perfidia de su amigo Pizarro y lo condenó la codicia de su amigo Espinosa y lo decapitó el hacha de su suegro Pedrarias, después de que esos hombres mediocres y brutales se unieron para sacar del camino a Balboa, Blas de Atienza siguió convencido de que su destino lo aguardaba en ese mar nuevo, y vivió largo tiempo en el istmo, preparando su hora.

Balboa había vencido con armas o convencido con argumentos a indios de veinte reinos. Había porfiado y negociado con pequeños y grandes reyes de la selva: Careta, Ponca,

Chape, Bonaniaima, Cuquera, Tecra, Pocorosa, Comogre, Chuirica, Otoque, Pacra, Pucheríbuca, Tubanamá, Tamao, Tenoca, y Tamacá y Juanaga y Careca y Chorita, entre los que más se mencionan; caciques de diademas de oro y de diademas de mimbre, jefes que habían brotado del mar o que habían nacido de huevos jaspeados en el interior de unos nidos oscuros, príncipes y magos cuyas vidas estaban contadas en vibrantes tejidos de colores, potestades de lengua chibcha que mandaban sobre legiones de alfareros y de cazadores, en selvas de escarabajos y libélulas de colores sin nombre, en tierras azoradas por lagartos enormes.

Esos indios entendidos que habían llegado a firmes acuerdos con Balboa no soportaron después las brutalidades de Pedrarias, el verdugo eminente; combatieron su ejército recién desembarcado como nunca habían combatido a las tropas escasas de Santa María la Antigua del Darién, y persistieron en el esfuerzo de matar aquel muerto descomunal con dardos o con rezos.

Blas nunca supo si era cierto que el perro de Balboa murió de hambre en Acla sobre la tumba de su amo, con el collar de oro todavía en el cuello porque ninguno de aquellos traidores se había atrevido a quitárselo. Al perro leonado lo habían vuelto salvaje y lo hicieron devorar a muchos indios, pero era tan aguerrido y eficiente que Balboa le pagaba un sueldo mensual como a un alférez más de sus tropas, y un día le puso con insolencia ese collar de oro que sin duda sólo perdió después de muerto. Porque así como esta conquista cambió el destino y la condición de muchos soldados, vio perros mejor tratados que los indios y más ilustres que los otros perros, que los otros hombres.

La voz salada

*Di con tu cara de luna negra que el mar brotó de una calabaza
[gigante.*

*Di con tus labios de jagua, de semillas de noche, que este mar gris
[estaba empozado en las hojas,
que este mar cayó a chorros de las hojas grandes del cielo.*

*Di con labios de heridas que esas luces de arriba son los ojos de los
[negros cangrejos.*

*Como la madre gris que nunca calla, vuelve a decir que sólo vale
[lo que se dice para siempre,
lo que puede escucharse una vez y otra vez y otra vez, sin
[cansancio,
como esa voz salada de la ola que vuelve.*